



TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

2004: Trayecto conocido

Al menos dos de los temas que nos han ocupado durante los últimos años serán recurrentes en el año que inicia: El recorte en el gasto público y la tensa relación entre los poderes Legislativo y Ejecutivo. Ambos los conocemos sobre todo por sus consecuencias negativas en términos de la buena marcha de la sociedad y de sus expectativas de mejoría.

Ya se anuncian como secuela inevitable de la frustrada reforma fiscal, medidas de austeridad en el gasto gubernamental. Congelamiento de plazas, recortes a los gastos de operación de las dependencias públicas, nulo incremento de sueldos y prestaciones de la burocracia, en fin, un plan de austeridad para el sector público. Estas medidas no son nuevas como alternativa a la falta de recursos. Responden a un modelo de gestión gubernamental instrumentado en nuestro país desde principios de la década de los años ochenta, cuando el presidente Miguel de la Madrid anunció el "achicamiento del Estado" ante la grave crisis que tuvo su más estridente manifestación con la nacionalización bancaria decretada por José López Portillo el 1 de septiembre de 1982. Desde entonces, los últimos cuatro gobiernos se han dado a la tarea de "adelgazar" la estructura gubernamental para hacerla más eficiente. Con énfasis y argumentos diferentes, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo y hoy Vicente Fox, han argumentado que buena parte de la crisis económica se debía a los gastos excesivos del sector gubernamental, sobre todo aquél que procedía de su gasto corriente o de operación. La mejor medicina era el recorte del empleo y la racionalización de los recursos de los programas de gobierno.

Lo que se ha logrado con el plan de austeridad gubernamental de los últimos 21 años es un cambio fundamental en el patrón de crecimiento del sector público. El Gobierno mexicano ya no es el gran empleador, como lo fue durante todo el periodo postrevolucionario; al igual que en otras latitudes, el Estado jugó un papel importante de dinamizador de la economía a través de la absorción del desempleo y por ende de activador de la demanda social. La economía funcionaba gracias al impulso estatal. Con el cambio en la naturaleza de las crisis, era necesario cambiar también la estrategia de intervención del Estado en la economía; por eso se optó en un primer momento por desmontar todo el sector paraestatal, es decir, aquellas empresas de capital estatal que concentraban aproximadamente el 25% del empleo público. Hoy queda poco en este sector, sin embargo se trata de empresas verdaderamente estratégicas para el país y su futuro; baste mencionar Pemex y la Comisión Federal de Electricidad. Son además el último reducto del viejo nacionalismo revolucionario que se resiste a partir, bastiones ideológicos del sistema priísta. Pero no sólo eso, se trata de empresas superavitarias, es decir, que generan ganancias y que son muy apreciadas por el capital privado. En los meses por venir seremos testigos del agrio debate en torno a la llamada reforma energética, que en el fondo será una disputa por la privatización de los saldos estatales.

El otro tema recurrente será sin duda el de las ásperas relaciones entre los poderes Legislativo y Ejecutivo. Sin duda, la salida que tenga el conflicto al interior del PRI dará la pauta para definir la continuidad o mejora de las deterioradas relaciones. Mucho me temo que la crisis al interior del tricolor se agudizará y se mutará en una nueva organización política nacional abanderada por la profesora Elba Esther Gordillo. Sin embargo, el pleito familiar dejará varios cadáveres a su paso; entre otros, posiblemente las propuestas de reformas que se postergarán hasta que concluya el "Gobierno del cambio". Así las cosas, de todos modos les deseo un feliz año nuevo.